

vendimiadoras?

—Sí, señor, *muchísimo*. Porque, además de estar más libre en sus movimientos para la faena, lo manda así la decencia cristiana.

—Pues señor caporal, preciso es que sepan eso aquellos que piensan que esa forma de vestir no la adopta vuestra mujer manchega para, mezclada con el elemento masculino, estar más libre en sus libertades y procacidades maritornescas, sino que es un ejemplo de la más alta moral católica y española.

Mientras el *repórter* gráfico saca los bártulos de retratar para tirar unas placas, fijo la mirada en una joven vendimiadora, tan cubierta, que se me ocurre esta pregunta: ¿Es una mora de Estambul?

Pues no, señores. Porque una vez su rostro a toda luz y mirada de cerca, debe una pariente de la bella Marcela, la prudente Aldonza o de la discreta Dorotea.

Hay un revuelo de curiosidad al ver al fotógrafo y todas quieren, naturalmente, salir. El retratista exige, para abrir el objetivo, que no se adopte ni una postura estudiada; con la sorpresa se capta la naturalidad.

Tomamos unas vistas y unas figuras en primer plano y regresamos al caserío bajo las flechas candentes de un sol como el de agosto.

Allá quedarán, mozos y mozas, rimando la alegría de la vendimia con las seguidillas de verso corto y removiéndose confundidos como hormigas de la tierra. Cuando el sol en un crepúsculo octubрино de limón acaramele las frentes limpias de las modestas quinterías, cuando el verde de las vides reverbera por los postreros destellos, nosotros volvemos a la ciudad. Antes de iniciar el regreso quiero hundirme de nuevo con la mirada en la placidez de los campos, en la línea suave del horizonte encendido, escuchando la sonata del silencio. ¿Me habré contagiado de las visiones aventureras del Caballero de los Leones? Miro a la mulilla y ya no me parece, como esta mañana, un caballito circense, sino el corcel de Marcelino Santa María, y yo, cabalgando en sus lomos, prorroumpo con Villalón:

*Solo con mi caballo en la llanura  
punta de imán mi voz...*

Entramos al oscurecer. Los enjalbegados cuartillejos de las salidas parecen puntos confusos. Todo nos infunde negra tristeza. No había que sorprenderse. Traíamos la retina iluminada por la pedrería de los viñedos y el alma por la emoción que se experimenta contemplando los ahincos de esta gente que brega por la vida y que se quedan allí confundidos con el ropaje verde de los pámpanos.

Manuel Medina de Rioseco.

(Dibujos de Olguma)



*¿Es una Dulcinea encantadora...? No. Es la cocinera de la cuadrilla. Una cocinera encantadora ; naturalmente !...*

(foto Muñoz)